

IMPOSICIÓN DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA A J.J.BARLUENGA

Discurso del Sr. D. José M.^a Martínez de
Pisón, rector Magnífico de la Universidad
de La Rioja

Logroño, 29 de octubre de 2010.

Excmo. Sr. Presidente del Consejo Social
Excmo. Sr. Alcalde de Logroño
Excmos. Sr. Consejeros,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Claustro universitario,
Señoras y señores:

Hace algo más de tres años, en esta misma Aula Magna, la Universidad de La Rioja invistió a su primer *Doctor Honoris Causa* en la persona de D. Mario Vargas Llosa a quien recientemente la Academia sueca ha concedido el Premio Nobel de Literatura. Muchos han sido los que se han felicitado por dicho honor, tanto en su país natal, el Perú, como en España. En La Rioja también estamos de enhorabuena y particularmente esta Universidad al poder contar con tan brillante «escribidor» entre sus Doctores. Mi más sincera felicitación a D. Mario.

Hoy, nos reúne en esta sala la imposición del *Doctorado Honoris Causa* a D. José Barluenga Mur. Quién sabe si ésta no es también una premonición. Quiero, ante todo, felicitar al nuevo *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de La Rioja. La institución universitaria riojana, anticipándose al Año Internacional de la Química, está muy orgullosa de poder contar entre el elenco de Doctores con un investigador y un docente como usted, un químico que ha demostrado sobradamente su valía. Estamos, pues, de enhorabuena.

La colación del grado de *Doctor Honoris Causa* es la máxima expresión del reconocimiento que los universitarios concedemos a quienes destacan en el quehacer diario en nuestras instituciones. El profesor Barluenga, como ha expresado en su *laudatio* el profesor Campos, personifica los rasgos de un universitario brillante, un maestro de maestros, un investigador a imitar. Su curriculum muestra que la decisión del Departamento de Química fue acertada. Bienvenido, pues, a la Universidad de La Rioja y a su claustro de doctores.

Desde ahora, profesor Barluenga, estáis ligados estrechamente a la Universidad de La Rioja y a su Claustro de Doctores. El padrino os ha hecho entrega de los símbolos de este vínculo: el anillo que le enlaza a la Universidad de La Rioja y a su claustro, y el libro de la ciencia y de la sabiduría, máxima expresión del espíritu universitario que os obliga a seguir cultivandoy difundiendo ambas para el bien de la comunidad y de la humanidad. Y, finalmente, el abrazo del Rector que sella este compromiso, así como la renovada apuesta por los valores universitarios. La ciencia y la sabiduría son la mejor y más importante contribución que los universitarios podemos aportar al bienestar colectivo. Los valores universitarios, reflejados en los atributos entregados y consolidados desde las tradiciones medievales, nos obligan al respeto a los demás, a la tolerancia y al diálogo, al no ejercicio de la violencia y a la búsqueda de la paz, al compromiso con la solidaridad, entre otros.

La Filosofía y la Historia de la Ciencia hace tiempo que han divulgado cuáles y en qué circunstancias se desarrolló el método científico, es decir, el procedimiento a partir del cual el ser humano, el científico, se acerca a la naturaleza y pretende así extraer las leyes básicas que ordenan la regularidad de los fenómenos físicos. Desde que Th. Kuhn intentara explicar las causas de las revoluciones científicas, sabemos que el conocimiento de la naturaleza avanza entre paradigmas y ruptura de modelos o, al menos, discutimos sobre la validez de esta hipótesis. En todo caso, parece que no es aventurado señalar que el éxito de Isaac Newton en el establecimiento de las leyes y de una ciencia de la naturaleza le otorga un papel relevante en la historia de la ciencia y en la concreción del método científico por antonomasia. «Grande entre los Grandes -según Sánchez Ron en su *El canon científico*- los registros históricos no han dejado huella de que haya existido hasta la fecha una mente más poderosa, más original, tenaz y capaz que la suya a la hora de escudriñar la naturaleza con fines científicos; a la hora, en definitiva, de encontrar sistemas lógico-deductivos que permitan representar de manera satisfactoria el funcionamiento del cosmos». Sus tres leyes del movimiento constituyen la base del conocimiento actual de la naturaleza y «el fundamento de la inmensa mayoría de los instrumentos o artilugios móviles de que disponemos» (123 y 127).

Tal fue el éxito en la explicación de los fenómenos naturales que el método científico inaugurado por Newton, basado en la observación y en la experimentación, fue llevado a la práctica en otras disciplinas: la Física, la Matemática, la Astronomía, la Biología, etc., y hasta la Ética o filosofía práctica, primero, con David Hume y, más tarde, con J. Bentham y su utilitarismo.

Parece que la Química tuvo que esperar un poco. Parece que ni Newton ni ninguno de sus discípulos fue capaz, en un principio, «de crear un sistema teórico basado en el método experimental, ni elaborar un lenguaje metódico y preciso que sirviera de eficaz instrumento de comunicación para una ciencia que tiene por objeto descomponer las diferentes sustancias que existen en la naturaleza, examinando separadamente los elementos que encuentra en su combinación» (171). A caballo entre la alquimia y la Química, durante las tres primeras cuartas partes del XVIII, cuando ya hacía décadas que Newton había establecido las leyes de la termodinámica, unos y otros manipularon sustancias, modelaron métodos y lograron aislar e identificar algunos «aires» distintos del aire atmosférico. Pero no sería hasta el *Tratado elemental de Química*, de Antoine Laurent de Lavoisier, que ésta no alcanzaría el estatus de «ciencia normal», esto es, de paradigma central, si seguimos la terminología del anteriormente mencionado Kuhn.

El *Tratado* de Lavoisier está a la altura de los textos científicos más importantes de la historia de la Ciencia. Mucho más accesible que el *Almagesto* de Ptolomeo o los *Principia* de Newton, resumió su sistema de la Química, creó una nueva nomenclatura y, en definitiva, elevó su disciplina por encima de todo lo que se había hecho antes, y la convirtió en modelo orientativo de todo científico que quisiese elevar el conocimiento al nivel de la ciencia. Por las paradojas de la historia de la humanidad, el *Tratado* salió de la imprenta un 14 de julio de 1789, el mismo día en el que los *sans-culottes* tomaron La Bastilla iniciando la Revolución en Francia; una revolución que se llevó por delante toda una época, una visión de la sociedad, y con ellos también al científico más importante que había dado Francia al caer su cabeza bajo la guillotina un 8 de mayo de 1794, en pleno Régimen del Terror. También la obra de Lavoisier ayudó a cambiar el mundo.

Desde entonces la Química se convirtió, junto a la Matemática, la Física y el resto de ciencias de la naturaleza, en un paradigma de lo científico hasta el punto de que otras disciplinas se mirarán en este espejo con el anhelo de justificar su cientificidad. Si el siglo XIX fue el período de mayor eclosión y desarrollo de la ciencia moderna, también lo fue del deseo imposible de otras ramas del saber que querían acceder a la seguridad y la certeza de sus razonamientos y de sus conclusiones. Ahí está, por ejemplo, el Derecho y la discusión iusfilosófica sobre la viabilidad de una Ciencia jurídica que todavía hoy es objeto de más de un quebradero de cabeza.

Para entonces la Química era una ciencia indiscutible. Pero déjenme que les cuente una anécdota de la disciplina a la que pertenezco. Hacia la mitad del siglo XIX, un romanista, un estudioso del Derecho Romano, pretendió, como otros muchos de su época y de la actual, elevar el Derecho al rango de ciencia. Su nombre es Rudolf von Ihering, sin duda, uno de los juristas más inteligentes y brillantes del XIX. Pues bien, el autor de *El espíritu del Derecho Romano en las diferentes fases de su desarrollo* propuso en un ambicioso proyecto convertir al Derecho en «química jurídica». El Derecho, como el resto de las ciencias, si quiere tener un control sobre su materia, debiera proceder a «la simplificación de la misma», esto es, la descomposición de la materia en sus elementos más simples hasta alcanzar su tabla periódica que permita luego «la combinación particular de los elementos preexistentes». Así, afirma: «el derecho también tienen la posibilidad de dominar con relativa facilidad una materia en apariencia ilimitada, empleando para esto el mismo principio que el lenguaje: la división de la materia y su reducción a los elementos primarios... (L)a naturaleza del derecho consiste en la división, separación y condensación. La técnica jurídica, encargada de resolver este cometido, podría ser denominada, en referencia a su función disociadora y localizadora de los elementos jurídicos simples, la *química del derecho*». Se trataría de reducir la materia a sus elementos simples, a sus átomos, para asignarles las oportunas valencias con las que proceder a realizar sus combinaciones. Imagínense al *animus domini*, la *bona fidei*, la *culpa* y el *dolo*, el *commodato* y la *enfiteusis*, etc..., cada uno de ellos descompuestos en sus elementos simples y vueltos a recomponer.

Esto lo escribió Ihering allá por 1858 cuando era paladín de la «jurisprudencia de conceptos». Sólo unos años más tarde escribiría unas *Cartas anónimas sobre la jurisprudencia contemporánea por un desconocido*, en las que rechaza tan laborioso método. Entre estas cartas, incluyó más tarde una fantasía titulada *En el cielo de los conceptos jurídicos* en el que compara dicho anhelo con una máquina extraña que denomina «partidora de pelos[©] cuyo funcionamiento debe ser aprendido en las Facultades jurídicas. Y así explica cómo se efectuara la evaluación. El pobre estudiante de Derecho, para probar sus conocimientos, debía «dividir con ella un cabello en 999.999 partículas exactamente iguales. Luego se las pesará en la balanza... tan sensible que un rayo solar bastaría para inclinar sus platillos. Si una sola de esas partículas resulta ser más liviana que las otras», el estudiante es suspendido. Estos artículos serán reunidos por Ihering al final de su vida en un libro cuyo subtítulo lo dice todo sobre su intención: *Bromas y verás de la Ciencia jurídica. Ridendo dicere rerum*. Riendo se dice la verdad.

Pero, volviendo al problema de la cientificidad del Derecho, resulta que ya en 1847, un magistrado prusiano llamado Julius Herman von Kirchmann, buen conocedor del método experimental, había sentenciado sobre la imposibilidad de que el Derecho pudiera acceder al estatuto de Ciencia jurídica. Resumió su tesis en el siguiente exabrupto que, en su momento,

originó una fuerte polémica, pero que espero que mis colegas entenderán desde la distancia temporal: que la labor del jurista depende del capricho del legislador; tres palabras del mismo convierte a bibliotecas enteras en papel de estraza, en basura. Sus argumentos eran sin duda sólidos: el Derecho carece de la objetividad del científico, no existe un método cierto del conocimiento y el objeto del mismo es contingente.

Hoy, sabemos que esta polémica ya no tiene sentido para tranquilidad de los juristas y de los dogmáticos. En efecto, la filosofía neokantiana distinguió entre ciencias del espíritu, de los valores o sociales y ciencias naturales, de la naturaleza o experimentales, cada una con sus procedimientos y su método de conocimiento.

Pero, volviendo al presente y para ir terminando mi intervención, no quisiera dejar pasar esta oportunidad en la que me dirijo a una parte importante de la comunidad universitaria y de la sociedad riojana para mostrar mi satisfacción personal por uno de los logros obtenidos por la Universidad. Me refiero a la calificación de Campus de Excelencia Internacional dentro del proyecto Iberus Campus de Excelencia Internacional Valle del Ebro, en el que participamos la Universidad de Zaragoza, la Universidad Pública de Navarra, la de Lleida y la de La Rioja. Ha sido un logro de todos; por tanto, también mi agradecimiento a cuantos han colaborado en este éxito, especialmente, a las instituciones públicas y privadas que han apoyado decididamente en la consecución de esta agregación que va redundar en beneficio de todos; al Gobierno de La Rioja, Consejo Social, Ayuntamiento de Logroño, Cámara de Comercio, FER, Consejo Regulador de la Denominación de Origen, Instituto Cervantes, centro públicos de investigación y un largo etcétera.

Sin duda, este sello nos sitúa en una excelente posición de renovación de la Universidad, de impulso a la formación, a la investigación e innovación, de apertura a la internacionalización, en suma. Al mismo tiempo, nos plantea numerosos retos y nos obliga a aprovechar esta oportunidad. Espero, como hasta ahora, contar con la ayuda y el apoyo de todos vosotros. Muchas gracias, de nuevo.

Concluyo ya. El profesor Campos se ha referido hace un momento a la «tenacidad» del investigador Barluenga. Como saben muchos de ustedes, tenacidad, en la ciencia de los materiales es la cantidad de energía total, medida en julios, que absorbe un material antes de su ruptura. Desde ahora, esperamos todos los presentes que tenga a La Rioja y a su Universidad en su corazón sin que éste reblandezca.

Muchas gracias.